

nod, ambos maravillosamente ejecutados.

Cuando el Papa descendió del trono para visitar la Exposición (ó por mejor decir, la parte de la Exposición que se halla ya ordenada) se escuchó un concierto de campanas de bronce y de acero mandadas como ofrenda por diversos fundidores y colocadas en la columna monumental del Concilio. La Exposición, ¿habrá necesidad de repetirlo? es magnífica, riquísima y verdaderamente universal, porque en ella se ven todo género de productos del arte y de la naturaleza, venidos de las cinco partes del mundo.

Sin hablar de las ofrendas de los soberanos, diremos que es riquísima la colección de hermosos cuadros antiguos y modernos, y la de estatuas colosales de bronce y mármol. Las custodias, cálices y otros vasos sagrados de oro y plata, muchos de ellos adornados con piedras preciosas, se cuentan á millares y de formas variadísimas. Los ornamentos sagrados, riquísimos por su materia y confección, se ven por cientos y más cientos.

Altares de metal, de mármol, de madera tallada; reclinatorios de una magnificencia sorprendente; candelabros, tejidos de seda, lana y lino; flores artificiales; colecciones de velas labradas con bajos relieves y miniaturas; especias, vinos, aceites de oliva, y una variedad de frutos de todas clases; una variedad inmensa de manufacturas de oro y plata, marfil, madera, bronce, hierro, etc; colecciones de libros y de objetos de Historia natural, flora, fauna, minerales, etc., etc.

El 7 de Enero fué visitada por más de 20,000 personas.

Los regalos expuestos representan un capital grandísimo, casi incalculable.

En la Exposición ocupan cinco salas los regalos procedentes de Italia, dos los de Francia, una los de Austria y una los de Alemania.

Los dones enviados á Su Santidad por los Reyes y Príncipes ocupan una sala.

Las ofrendas de España, Portugal y Suiza se han instalado en una sala, que todavía no ha sido abierta.

RECEPCIONES

y discursos de S. S. a todos los que lo han felicitado en sus Bodas de Oro.

El Sumo Pontífice recibió en audiencia solemne á los comités de todas las diócesis de Italia que organizaron la gran peregrinación nacional venida á Roma, con motivo del Jubileo. Dicha audiencia se verificó á las doce, en la sala Ducal del Vaticano, donde se hallaban reunidos un millar de delegados de los comités diocesanos, teniendo á la cabeza más de cien Obispos de las diócesis representadas en la audiencia. A lo largo de las paredes de la sala se habían colocado las banderas de las obras católicas y sociedades obreras que enviaron sus diputaciones en la peregrinación italiana. Distinguíanse entre ellas las muy ricas de las asociaciones de Milan y de Brescia.

El Soberano Pontífice llegó á la sala Ducal, precedido de los prelados y personajes de la corte y escoltado por catorce cardenales; mientras que se sentaba sobre el trono fué saludado por una ovación unánime y prolongada de aclamaciones y vítores los más entusiastas.

Los sentimientos de fé y adhesión de toda la concurrencia fueron expresados en un bellissimo mensaje leído por el Sr. Comendador Venturoli, en su calidad de presidente del comité de los congresos católicos de Italia.

El Soberano Pontífice, en pié delante del trono, respondió con uno de esos magníficos discursos que, al mismo tiempo que despiertan en los oyentes el más vivo entusiasmo, están destinados á encontrar profundo eco en todo el mundo católico.

En todos los pasajes importantes, ya cuando habló de su intolerable situación, refutando con hermosos rasgos de su elocuencia apostólica la famosa impugnación que se le ha osado hacer al Papado presentándolo como el eterno enemigo de Italia, ya cuando hizo una magnífica enumeración de los testimonios que á él han llegado, no solamente de los soberanos católicos, sino de los heterodoxos, de los gobiernos, de las asambleas y de los

pueblos, mostrando así el aislamiento de la Italia oficial, y ya, en fin, cuando dirigió á esta parte descarriada de Italia una solemne invitación á la paz en los límites de la justicia, unánimes aclamaciones estallaron de todos aquellos corazones verdaderamente italianos, que se estremecían á la vibrante palabra del Pontífice.

Esas aclamaciones se repitieron nuevamente al fin del discurso, despues que el Papa pronunció con voz conmovida la fórmula de la bendición apostólica. Entonces todas las manos se levantaron para aplaudir, mientras que de todos los pechos se escapaban gritos de emoción aclamando á Leon XIII, al Pontífice infalible, al Papa del Rosario, al Leon de Judá, al verdadero amigo de Italia, y entonces tambien, habiendo exclamado uno de los peregrinos: *Oremus pro Pontífice nostro Leone*, todos los asistentes, entusiasmados y conmovidos, siguieron á una voz las palabras de la oración por el Papa.

En fin, el Santo Padre, profundamente emocionado por esta gran manifestación, concedió á los jefes de los diferentes comités que le besasen el pié y la mano, y tuvo para cada uno de ellos las más benévolas frases. Entonces fué cuando los presidentes de las diputaciones le presentaron la ofrenda especial de la peregrinación italiana para el Obalo de San Pedro, y el Soberano Pontífice despues de expresar toda su satisfacción, dió nuevamente su bendición á la arrodillada concurrencia y salió de la sala Ducal, siendo saludado todavía una vez más, con las más vivas aclamaciones.

Hé aquí el texto del discurso de Su Santidad:

"Soberanamente gratos son para Nos, en esta fiesta del Jubileo, los homenajes y votos de nuestros hijos exparcidos en las diversas partes del mundo, y nos conmueven profundamente. Pero los vuestros, muy queridos hijos, nos son más agradables todavía y nos conmueven mucho más. Os vemos, en efecto, que habéis acudido aquí en gran número de todas partes de Italia, de esta Italia privilegiada por Dios hasta el punto de esta-

blecer en medio de ella la Silla de su Vicario, de esta Italia sobre la cual los Pontífices Romanos derramaron en todo tiempo inmensos tesoros de sabiduría, de grandeza y de gloria.

"Nunca han faltado hijos ingratos, aún entre aquellos que han nacido en el seno de la Iglesia católica, que desconociendo los insignes beneficios del Papado, se han consagrado á combatirlo; y sin hablar más que de nuestra época, ha sido esa una verdadera conjuración urdida con el más pérfido artificio, y tendiendo á denigrar al Papado y á presentarlo como el eterno enemigo de Italia. Pero vosotros, queridísimos hijos, lejos de escuchar esta insensata acusación, solemnemente desmentida por la historia de todos los siglos, habéis querido dar una prueba de respeto y adhesión al Papado, filiándoos llenos de valor entre los que reconocen su benéfica influencia, gloriándose de serle fieles y abnegados, y deseando verlo restablecido en su condición de verdadera y soberana independencia y de plena libertad que por tantos títulos le es debida. Animados de esas felices disposiciones, habéis venido hoy ante Nos, y ellas dan á vuestra presencia en este lugar, y á vuestros votos y deseos respecto á Nos, un valor especial y aumentan la satisfacción que éstos nos causan.

"Bien sabemos que á causa de estos mismos sentimientos dictados por el deber, se os reprocha el no amar á vuestro país, y hasta desear su aniquilamiento y ruina. Que no os perturbe, queridos hijos, esta necia acusación. La verdad es que el Papado constituye para Italia la gloria más pura y espléndida. La verdad es que, si Italia se une al Papado, por lo mismo que es la más cercana á él, será la primera en experimentar su saludable virtud, y donde quiera del mundo que haya poblaciones católicas será respetada y amada. Si, por el contrario, se pone en guerra con el Papado, de ahí le resultarán las divisiones y escisiones en el interior, la disminución de su prestigio en el exterior, y por todas partes se verá expuesta á obstáculos y dificultades sin número. La verdad es que los italianos

que están con el Papa y que quieren la independencia de éste, no solamente verifican un acto conforme con sus deberes de católicos, sino que también proveen, mucho mejor que cualquiera otra, los verdaderos intereses de su patria.

“Observad lo que sucede actualmente. La simple circunstancia de nuestro jubileo sacerdotal ha conmovido al mundo entero. Ya no son únicamente los católicos ó los particulares, sino los soberanos y príncipes, los gobiernos y asambleas públicas quienes han querido rivalizar para tomar parte en esta fiesta jubilar y atestiguar sus sentimientos de respetuoso afecto y alta consideración. Este acontecimiento es ciertamente debido á la acción de la Providencia divina, que hace que las circunstancias más sencillas y los instrumentos ménos adecuados sirvan para enaltecer á la Iglesia. Pero este hecho tiene su verdadera razón de ser en la suprema importancia del Papado, de ese faro luminoso que Dios colocó en medio de los pueblos para guiarlos en la vía de la salud, de ese poder universal que es de todos los tiempos y de todos los lugares, que sobrevive y subsiste hasta cuando todo se derrumba en su rededor y que de las mismas persecuciones sale más glorioso y fuerte. ¿Qué nación no se consideraría dichosa y honrada al abrigar en su seno esta divina institución? Y por el contrario, ¿qué locura es pretender limitarla haciendo de sus condiciones y modo de existir una cuestión de orden interior concerniente nada más que á un solo país y á una sola nación! ¿Qué indignidad es querer oprimirla y humillarla, allí mismo donde se halla establecida su Silla; tratar de poner obstáculos á su libre y bienhechora acción; reducirla al estado de sujeción y hacerla depender de la voluntad de una asamblea ó de un gobierno! Con toda seguridad, los católicos del mundo entero, celosos por la libertad de su jefe, y todos aquellos que tienen en la conciencia la causa del orden y de la salud de la sociedad humana, jamás tolerarán tal cosa.

“Ojalá estas consideraciones, queridísimos hijos, basten á confirmaros en los

sentimientos que nos habeis manifestado y á fortaleceros para que perseveréis en ellos. Nuestra alma, consolada por tan espléndida demostración de vuestra fé y adhesión inquebrantable al Vicario de Jesucristo, os abraza con el tierno cariño de padre y os desea todos los bienes celestiales, en tanto que no cesa de implorar para Italia—quedando á salvo, como es justo, los derechos de la Sede apostólica y de la Iglesia—los beneficios de la paz y concordia. Entre tanto, como prenda de tan señaladas gracias y en testimonio de nuestra particular benevolencia, Nos concedemos la bendición apostólica á todos vosotros los aquí presentes, á vuestras familias y á todos aquellos de quienes sois representantes.”

El Presidente de los Estados Unidos no ha querido quedarse sin enviar á Su Santidad un testimonio de su respeto como lo han hecho ya casi todos los gobernantes del mundo. Le escribió á S. E. el Cardenal Gibbons, participándole su intento y que le indicara cuál sería el presente más aceptable para la Cabeza visible de la Iglesia Católica.

El Prelado le indicó que obsequiase al Sumo Pontífice con un ejemplar de la Constitución de los Estados Unidos. Aceptada la idea, y empastado elegantemente un ejemplar, le puso luego, de su puño y letra, la siguiente dedicatoria: “A Su Santidad, el Papa Leon XIII, con ocasión del Jubileo de oro de su sacerdocio, con los mejores deseos por su salud y prosperidad de Grover Cleveland, Presidente de los Estados Unidos.”

Semejante acto de cortesía ha sido muy grato á los católicos americanos, que se regocijan de ver que su presidente honra cual debe al Jefe de la Cristiandad.

Provisiones en Catedral.

Como resultado de las oposiciones que tuvieron lugar en esta Santa Iglesia Catedral para proveer la Penitenciaría que en ella estaba vacante, fué nombrado Penitenciario el Sr. Dr. D. Homobono Anaya; y quedando libre la Prebenda que este Sr. tenía, ha sido electo para ocuparla el Sr. Cura D. Crescencio Gonzalez.

COLECCION

DE

DOCUMENTOS ECLESIASTICOS.

ANT. IMP. DE N. PARGA.

RESP., TOMAS GONZALEZ.

TOM. V.

GUADALAJARA, MARZO 8 DE 1888.

NUM. 53.

SECCION III.—Variedades.

CONTINUAN LOS DISCURSOS Y FELICITACIONES AL S. PADRE. (1)

El príncipe Waldemar de Dinamarca y la Sra. princesa María de Orleans, su esposa, enviaron al Santo Padre cartas autógrafas manifestándole sus votos, á las cuales acompañaron una preciosísima sortija.

El Sr. baron de Frankentein, ministro de Austria, fué encargado por SS. AA. RR. de entregar á Su Santidad sus cartas y ofrendas, así como las de los católicos daneses.

El rey Guillermo de Holanda escribió al Papa una carta privada felicitándolo por su jubileo. El varon Van Brienen van de Grade Lindt, encargado de entregar esta carta, acaba de llegar á Roma á cumplir su comision.

Sabemos que el Sr. Fagemann, consejero ministerial de Carlsruhe, llegó á Roma representando al Gran Duque de Baden en las fiestas del Papa, con una carta autógrafa y un soberbio obsequio.

El Papa recibió la embajada extraordinaria Belga, presidida por el duque de Ursel, á quien acompañaba brillantísimo séquito diplomático y el ministro de Bélgica cerca de la Santa Sede.

Los discursos cambiados con tal ocasion revelaron los sentimientos católicos del

(1) Véase el núm. anterior.

pueblo Belga y el afecto de Leon XIII hácia el rey Leopoldo y la reina su esposa que ha bordado uno de los preciosos regalos que Bélgica envía al Papa.

A la embajada de esta nación siguieron el Rector, llamado Magnífico, y los profesores de la célebre Universidad de Lovaina, y los jóvenes príncipes de Aremburg, portadores de un rico templo en plata maciza, con la estatua de Santo Tomás de Aquino.

El Papa ha concedido de buen grado una audiencia á Mr. Gladstone, el cual fué recibido con las formalidades usuales que se observan generalmente con los visitantes no católicos.

El S. Pontífice recibió á 2,000 peregrinos franceses, en representación de más de 20 diócesis.

Al frente de la peregrinacion estaban los Eminentísimos Srs. Cardenales de Reims, Renne, Sens y multitud de Prelados franceses.

Todos los Sres. Obispos ó sus representantes, fueron admitidos para ofrecer al Soberano Pontífice sus homenajes y felicitaciones, así como los dones particulares que traían para el Obolo de San Pedro, aparte de las ricas ofrendas enviadas por sus respectivas diócesis para la Exposición ó para la misa del Jubileo.

Esta audiencia tuvo verificativo en el segundo piso de las Logias de Rafael, en la parte que confina con las habitaciones pontificias y que separada de las otras ga-